

"El Comercio" en la guerra del Pacífico

por Aurelio Miró Quesada S.

En las interesantísimas y esclarecedoras memorias de don José Antonio de Lavalle, "Mi misión en Chile", recientemente publicadas después de un siglo de haber sido escritas, se dice que todos los periódicos de Lima, "ávidos de ruido", empujaban al Gobierno peruano a la infausta Guerra del Pacífico. Una carta del Presidente Mariano I. Prado, a Lavalle, del 26 de marzo de 1879, le confirma esa queja: "En estos casos, Ud. sabe, los diaristas son intemperantes". Quienes vivieron esos días de angustia, y los comentarios que se han publicado en estos días, por lo común repiten ese aserto.

Y, sin embargo, la lectura de los editoriales de "El Comercio" y la ponderación que ellos revelan mientras pudieron expresarla, así como las versiones orales de mi abuelo José Antonio Miró Quesada, Director de "El Comercio" desde 1875, contradicen una generalización tan poco grata. Para aclararlo, solicité a la gentileza de los descendientes de Lavalle que me permitieran ver el texto manuscrito de puño y letra de su antepasado, y allí pude observar una reveladora anotación. Lavalle cita en verdad a todos los diarios limeños de la época, "El Nacional", "La Opinión Nacional", "La Sociedad", "La Patria", pero después de incluir a "El Comercio" borra el nombre de éste, y luego vuelve a ponerlo, con su propia letra, en la interlínea.

¿A qué se debe esa vacilación? Sin duda alguna, a que tuvo en la mente que "El Comercio", mientras le fue posible, mantuvo una posición de serenidad y de mesura. Y al cabo, cuando fue inevitable la contienda, tuvo que entrar, con emoción patriótica, en lo que Lavalle llama "el gran tutti final".

Editoriales de "El Comercio"

En realidad, desde el año anterior "El Comercio" observaba con alarma los problemas muy graves que se le presentaban al Perú. "La Patria está en peligro", decía en uno de sus editoriales al comentar la alevé muerte del ex-Presidente Manuel Pardo, cordial amigo del periódico. Y aun cuando se refería al desasosiego interno del país, no podía menos que observar también los nubarrones que se cernían sobre el Sur, por el conflicto entre un vecino poco guarnecido como Bolivia y un rival evidente y peligroso como Chile.

Así, cuando a fines de 1878 se agravaron esas relaciones como consecuencia del impuesto de diez centavos por quintal de salitre exportado, que la Asamblea Nacional boliviana impuso a la Compañía de Salitre y Ferrocarril de Antofagasta, de capitales casi todos chilenos, "El Comercio" consideró que Bolivia contrariaba con ese acto el Tratado chileno-boliviano de 1874 que impedía aumentar por veinticinco años las contribuciones existentes.

El 3 de enero de 1879, al acentuarse la tirantez entre Chile y Bolivia por las reclamaciones sobre la legalidad o la ilegalidad del impuesto y la decisión boliviana del 18 de diciembre anterior de aplicarlo, "El Comercio" publicó un editorial que terminaba: "De desear es que la cuestión a que nos referimos no venga a alterar las relaciones entre dos naciones amigas con daño de ambas y de la América en general".

El 11 de febrero, esa inquietud por el conflicto y por sus repercusiones en "la América en general" fue más saltante. El Gobierno peruano intentó interponer la mediación, de acuerdo con el mismo Tratado de 1874 que estipulaba el sometimiento al arbitraje de las diferencias que surgieran en su interpretación o ejecución. "El Comercio" preconizó observar "la más estricta neutralidad en el desgraciado caso de que no pueda evitarse una guerra entre Chile y Bolivia". Toda guerra es "fatal —decía— para los Estados que se ven en la necesidad de apelar a ella como el último medio de reivindicar sus derechos y para los que con ellos cultivan relaciones más o menos extensas". Alusión evidente, aunque discreta, a la relación especialísima entre el Perú y Bolivia por el infortunado Tratado secreto de 1873, cuya existencia sin duda "El Comercio" conocía.

La ocupación de Antofagasta

El día siguiente, 12 de febrero, el problema se vio más alarmante. Llegó a Lima el rumor, a poco confirmado, de que el blindado chileno "Blanco Encalada" había arribado a Antofagasta y de que había la amenaza de otros buques y del embarque de tropa chilena de línea en el otro blindado, el "Lord Cochrane". "El hecho de la ocupación armada de este puerto (Antofagasta) —escribió por eso "El Comercio"— no sería tan sorprendente dada la tirantez de las relaciones entre aquellos dos países".

El 13 de febrero (edición de la tarde), "El Comercio" editorializó en apoyo de los esfuerzos conciliadores que efectuaba la Cancillería peruana para detener o atenuar el conflicto. El tono, sin embargo, revelaba ya su pesimismo. "El Perú ha cumplido su deber, y fuerza es que avance en el camino que ha emprendido (el de la conciliación), tanto como se lo permitan las conveniencias internacionales; y si por desgracia sus pacíficos esfuerzos son estériles, dará la mejor prueba de que fueron sinceros y desinteresados encerrándose en la más absoluta neutralidad".

Pero los acontecimientos, inexorablemente, seguían su curso. El viernes 14 de febrero, el mismo día en que Bolivia había amenazado con la venta pública de las propiedades de la Compañía Salitrera si no cumplía con

el pago, llegó la noticia de la ocupación por las tropas chilenas. "Sabemos positivamente —escribió "El Comercio"— que en Lima se ha recibido un telegrama anunciando que anteayer el Gobierno chileno ordenó que todas las fuerzas estacionadas en Caldera pasaran a ocupar Antofagasta. Calculando la distancia que media entre ambos puntos las fuerzas chilenas han debido, a más tardar, haber desembarcado hoy, al mediodía, en Antofagasta". El cálculo era exacto. Cuatro días después ya no hubo duda. Informaciones traídas por el "Coquimbo" detallaron la ocupación, "confirmándose así —decía el diario— la noticia que ese mismo día (14) dimos".

"El Comercio" editorializó sin perder tiempo (18 de febrero, edición de la tarde). Todavía se quiso acoger a la esperanza de que la ocupación de Antofagasta fuera una medida momentánea, una prenda para conseguir ventajas para Chile. "Creemos habernos expresado con entera franqueza —escribió—. Queremos la neutralidad absoluta del Perú mientras se trata de una simple guerra como la que anuncian los movimientos chilenos, pues hasta ahora mismo no hay derecho para ver en la ocupación de Antofagasta sino un acto de hostilidad de Chile contra Bolivia; y en caso de que nuestra mala suerte nos obligue a intervenir con las armas en esta contienda fratricida, queremos también que en cualquier caso y cualesquiera que sean las consecuencias de la guerra, pueda el Perú declarar ante la América que no sólo fue arrastrado a ella contra su voluntad, sino que hizo por evitarla todo lo que el decoro nacional y los elevados intereses de la República le permitieron". Ejemplo notable de serenidad en el periódico, cuando la opinión pública estaba explícitamente excitada contra Chile; hasta el punto de que "El Nacional", con abierto entusiasmo belicista, se sorprendía de la medida de "El Comercio".

La Misión Lavalle

El 19 de febrero el Gobierno peruano decidió apelar a un recurso extraordinario: el envío de don José Antonio de Lavalle a Chile, en una misión especialísima para detener, si aún era posible, la guerra. "La misión de nuestro Enviado Extraordinario es misión de paz", escribió "El Comercio" el mismo día en que emprendía el viaje, 22 de febrero. En un elevado editorial, "El Comercio" pidió reflexión y cordura, serenidad y no ligereza en los juicios. Había que enfrentar los hechos con valentía pero con claridad. "Estas consideraciones —añadió— las tienen sin duda presentes los que en la prensa de Lima discuten hoy con más ardor patriótico que tranquilo juicio la delicada cuestión que ha surgido desgraciadamente entre Chile y Bolivia; pero tememos que en este debate sea el sentimiento, no la razón, lo que con preferencia se consulta, y que los conceptos emitidos sobre este asunto por algunos de nuestros colegas, sean en unos casos demasiado prematuros y muy candorosos en otros, conduciéndonos de un lado a mirar las cosas muy belicosamente y llevándonos por otro a una inercia peligrosa".

● Ni ilusiones ni inercia. En cuanto a lo primero, "El Comercio" en su

edición del 3 de marzo escribió que la ocupación de Antofagasta se veía palmariamente que no era ya un acto momentáneo, sino que Chile "reivindica" su posición de 1866, hasta el paralelo 23° "y en consecuencia se apodera del litoral". Y para evitar la inercia, "el Perú debe mirar, entre tanto, como asunto muy grave para su seguridad exterior las declaraciones oficiales del Gobierno de Chile y sin pérdida de tiempo debe enviar una fuerte división a Tarapacá, arreglando las cosas de manera que la escuadra esté lista a zarpar a donde su presencia sea indispensable, como garantía de nuestra seguridad exterior en el presente conflicto, que nos hace limítrofes con Chile puesto que a la otra margen del Loa no se ve ya tierra boliviana, sino las banderas de Chile dominando el desierto".

Era difícil mantener en esos días un equilibrio entre la dignidad herida y la mesura, entre el arranque épico y la bien meditada previsión, entre la defensa de los principios conculcados por Chile de la Libertad y del Derecho que el Perú había sostenido siempre gallardamente y el necesario realismo con que había que enfrentar los acontecimientos que se producían. "Reconocemos todas las inmensas ventajas de la paz, y creemos firmemente que se debe hacer cuanto el decoro y los intereses nacionales permitan por evitar un rompimiento", escribió "El Comercio" el 5 de marzo. Pero, con poca esperanza de alcanzarlo, añadió: "Para el desgraciado caso de que esto no sea posible, como hay razones para temerlo, forzoso es preparar las cosas de manera que ningún acontecimiento pueda tomarnos desprevenidos".

El día siguiente, 6 de marzo, habló por primera vez, aunque con discreta expresión condicional, del Tratado secreto. "Aceptando como cierta —escribió— la existencia del tratado de que tanto se habla...". Y prosiguió, como consecuencia ineludible: "Duro es tener que convenir en ello, pero en la necesidad de tomar las cosas como son y no como quisiéramos que fuesen, debemos reconocer que existen en este momento muy pocas probabilidades de evitar un rompimiento entre el Perú y Chile".

El 21 de marzo, con las noticias que daban los propios periódicos de Chile sobre la hostilidad que rodeó a José Antonio de Lavalle en la presentación de sus credenciales y la agresión al Consulado peruano en Valparaíso, el tono de "El Comercio" es ya desesperanzado. "Nada pueden prometerse los gobiernos de Sud América de la buena fe y de la rectitud del gobierno chileno", escribió. Y el 22 de marzo continuó: "El gobierno chileno ha preparado las cosas de manera que el Perú no puede hoy permanecer espectador impasible de los ultrajes inferidos por Chile a nuestra dignidad, en presencia de una amenaza real a la integridad misma de nuestro territorio".

La situación de la escuadra

Los acontecimientos seguían su avance. El 27 de marzo, en la sección "Crónica" del diario, se publicó una noticia que iba a ser de inmensa trascendencia: "Comandante del "Huáscar" ha sido nombrado el Cap. de navío D. Miguel Grau". De producirse el conflicto, que se veía ya inminente, la

primera fase de la defensa del Perú tenía que ser de carácter naval, protegiendo las poblaciones de la costa, llevando pertrechos y alimentos, impidiendo bloqueos y agresiones.

Pero ¿estaba el Perú preparado? El 31 de marzo “El Comercio” reprodujo de un diario de Chile un detallado artículo, firmado sólo con la inicial “A...”, en que con datos muy concretos se establecía una comparación entre las escuadras peruanas y chilenas; (Bolivia no tenía buques). Para quien supiera leerlo claramente, la conclusión que se desprendía era lamentablemente desfavorable para el Perú porque, aparte del número de buques, la calidad y la modernidad del blindaje y el armamento de Chile eran mejores, y era claro que los chilenos conocían perfectamente la condición de nuestra escuadra.

Ese mismo día llamó el Presidente, General Prado, a Palacio, al Director de “El Comercio” José Antonio Miró Quesada. Estaba hondamente preocupado y él habitualmente parco, quería cambiar ideas, informar, conversar. Habló de la misión Lavalle, de las medidas militares tomadas, y orientó la conversación hacia el artículo publicado.

Miró Quesada le respondió concretamente. Como él mismo repetía a menudo, aludiendo a su juvenil estancia en el Callao y a su amistad fraternal con marinos, “se había criado entre buques”, y tenía por cierto informaciones más precisas que las que había creído prudente publicar en el periódico. La fragata blindada “Independencia” había pasado un largo tiempo fuera de servicio y se le estaban cambiando las calderas. La “Unión” era rápida, pero sólo una vulnerable corbeta de madera. Los monitores “Atahualpa” y “Manco Cápac”, barcos de costa o de río, adquiridos en la región del Mississippi, eran en realidad baterías flotantes. La cañonera “Pilcomayo”, de madera, era sólo de 600 toneladas. La fragata “Apurímac”, fondeada en el Callao y en ese momento sin calderas, se hallaba convertida en Escuela Naval. El “Tumbes”, igualmente, era una Escuela de grumetes. Sólo el “Huáscar”, monitor acorazado, reparado después del encuentro de Pacocha, se hallaba en buenas condiciones. A su mando se había nombrado a Grau; contaba con excelente oficialidad; pero la tripulación era inexperta en el manejo de armas y hubo que contratar maquinistas extranjeros.

Prado lo confirmó y le preguntó cómo había investigado todo eso; a lo que Miró Quesada respondió:

—Cuando se escribe para un periódico y en un momento tan grave como éste, hay que tener todos los datos.

—Sí —dijo entonces Prado—; pero la guerra es inevitable.

—En ese caso, desde mañana empezaremos a escribir como todos.

La declaración de guerra

El día siguiente, sin embargo, el editorial fue todavía doctrinario y sereno. Se quería pensar en una última posibilidad: que Chile se retirara del litoral boliviano ocupado para permitir una negociación, o que se

produjera la intervención conciliadora de toda Sud América, y no solamente del Perú. "Excusado es demostrar —añadía "El Comercio"— que en esa intervención corresponde al Perú un importante papel".

Pero ese mismo día, 1º de abril, llegó por cable de Valparaíso la noticia de que el Consejo de Estado chileno había aprobado que el Presidente Pinto pidiera autorización al Congreso para declarar la guerra al Perú. Era ya sólo una formalidad. La misión de paz de Lavalle había concluido y se entraba de frente al campo bélico.

El 2 de abril, edición de la tarde, sin esperar la declaración oficial, "El Comercio" volvió a editorializar. "No comprendemos qué pretextos siquiera se escogitan para el temerario avance de llamarnos al combate, pero no necesitamos conocerlos; cuando se llama a nuestras puertas para asuntos que interesan la honra del Perú no pedimos explicaciones previas; estamos listos a requerir nuestras armas. Escuchamos, ante todo, las exigencias del deber, y no creemos que entre ellas pueda haber ninguna superior al mantenimiento de la dignidad nacional".

Y aceptando gallardamente la decisión que imponía el Destino, continuaba: "Se nos declara la guerra. ¡Sea!".

Corresponsales de guerra

Declarada la guerra, todos los diarios compitieron en estimular el patriotismo con viril energía. Ante la gravedad de la contienda todas las discusiones en la política interna se acallaron. Como dijo Miró Quesada en el banquete a que el Ministro de Relaciones Exteriores de Bolivia, Serapio Reyes Ortiz (que había venido a Lima) y el Plenipotenciario boliviano Zoilo Flores ofrecieron a los periodistas; "Por distintos caminos hemos marchado hacia el mismo fin los que en ella (la prensa) militamos; unos juzgaron necesaria la guerra desde el primer momento; otros abogaron por la paz, mientras creyeron poder evitar con honra las calamidades de la guerra", pero producida ésta ya no quedaba discrepancia posible.

En cuanto a "El Comercio", además de la fuerza moral y el patriotismo de sus editoriales, puso a contribución la utilidad material de sus talleres y la importancia de sus informaciones. La principal edición era entonces la de las primeras horas de la noche, pero llegó a dar un día hasta cuatro breves ediciones con noticias. A veces llegaban telegramas a la imprenta antes que los mismos despachos oficiales. El corresponsal de "El Comercio" en Iquique, Modesto Molina, cuyo fervor patriótico le iba a inspirar después la letra del Himno de Tacna ((“Mantengamos el fuego sagrado...”), telegrafiaba diariamente. De los puertos del sur llegaban noticias de tropas y de barcos. Cuando el Presidente Prado viajó al Sur, como Supremo Director de la guerra, al embarcarse en el transporte "Oroya" halló a su lado a un cronista de "El Comercio". Cuando, más tarde, el Presidente boliviano Hilarión Daza pasó a Tacna, al frente de las tropas aliadas, el Jefe de Re-

dación de "El Comercio", Guillermo Carrillo, se presentó a él con una carta de recomendación del Jefe peruano de las fuerzas de Arica, Contralmirante Lizardo Montero.

En Lima, desde abril mismo, al comenzar la guerra, el personal de los diarios limeños formó dos compañías de tipógrafos, que fueron convocados al cuartel de San Agustín para agregarse al batallón N° 5 de la Guardia Nacional. El Gobierno consideró entonces que no era necesario reclutar a todos, porque era indispensable conservar la prensa como órgano informador y encauzador de la opinión. "Ud. sabe que yo tenía cerca de 80 hombres preparados para la columna", iba a escribir después Miró Quesada a Mariano Felipe Paz Soldán, cuando fue éste Ministro de Guerra.

Lo más urgente, desde luego, era mantener el servicio informativo desde los barcos de la escuadra, porque la primera fase de la guerra tenía que ser la campaña marítima. Así, al estallar el conflicto y al partir en la madrugada del 7 de abril la división naval comandada por el Comandante Aurelio García y García, y compuesta por la corbeta "Unión" y la cañonera "Pilcomayo", en la primera de ellas se embarcó un corresponsal de "El Comercio": José Rodolfo del Campo. Joven de 25 años, había pretendido alistarse como voluntario; pero, como no era profesional, se le envió como cronista o redactor. Así participó en el primer combate naval, el encuentro con la corbeta chilena "Magallanes" en Punta Chipana, en la desembocadura del río Loa, cuando el primer disparo lo hizo la "Pilcomayo", al mando del Capitán de Fragata Antonio de la Guerra, precisamente cuñado del Director de "El Comercio" José Antonio Miró Quesada.

Del Campo volvió al Callao y a los pocos días se consiguió que se le trasladara a la fragata blindada "Independencia", que salió en convoy con el transporte "Oroya" (donde viajaba el Presidente Prado, como Director de la guerra), el monitor blindado "Huáscar" y los transportes "Chalaco" y "Limeña". El diligentísimo cronista hizo anotaciones diarias y el 21 de mayo le tocó redactar un parte dramático: el de la pérdida de la "Independencia", encallada en Punta Gruesa, cuando en apresurada persecución de la nave chilena chocó con una roca que no estaba marcada en las cartas. Fatal tragedia que ensombreció aquel día la brillante victoria del "Huáscar", que al mando de Miguel Grau espoloneó y hundió la fragata chilena "Esmeralda", donde perdió la vida el Comandante chileno Arturo Prat y Grau dio un gran ejemplo de elevación moral por su nobleza con los adversarios.

Del Campo fue uno de los últimos en saltar de su nave y abandonar el barco naufragado. Trasladado al "Huáscar", anotó todos los episodios de aquel día. En el "Huáscar" encontró además a Modesto Molina, corresponsal de "El Comercio" que había subido a bordo con el Capitán de Puerto de Iquique, y a otro colega periodístico, el corresponsal de "La Opinión Nacional" Julio Octavio Reyes.

Traída de armas desde Panamá

Para proseguir la guerra, sin embargo, no bastaban el valor y la pericia, por más evidentes que ellos fueran, sino era necesario asegurarse el suministro de municiones y armamentos. Chile podía abastecerse por el Atlántico y el Estrecho de Magallanes, pero esa ruta era imposible para el Perú por muy extensa y sobre todo porque había que bordear las costas enemigas. Era indispensable por lo tanto la ruta de Panamá, para los armamentos encargados a Europa, que llegaran de allí directamente o por la vía de los Estados Unidos y que luego los barcos nacionales podrían conducir por el Pacífico. Así ocurrió con el "Talismán", que llegó al Callao con un importante cargamento. Pero los problemas internacionales se presentaban cada vez más complicados. No sólo por la explicable actividad en contrario de los agentes chilenos, sino porque el transporte de armamentos podía comprometer la neutralidad de Colombia. Panamá era entonces un Estado autónomo dentro de los Estados Unidos de Colombia, según la reforma de la Constitución hecha en 1853 y aprobada por el Congreso nacional colombiano en 1855; pero eran muchos los que favorecían una abstención total que, de aplicarse por igual a ambos lados, favorecía claramente a Chile.

Había, por eso, que buscar quien tuviera sagacidad e inteligencia suficientes y que además contara con relaciones especiales en Panamá para convencer a los renuentes. Después de pensarlo y decidirlo, el Presidente del Consejo de Ministros, General Manuel de Mendiburu, llamó a su despacho a José Antonio Miró Quesada, Director de "El Comercio". Miró Quesada había nacido en Panamá, y aunque había llegado al Perú a los 2 años de edad, su familia conservaba estrechas relaciones en el istmo; entre ellas, la amistad con José Ricardo Casorla, que era entonces precisamente Presidente del Estado de Panamá y cuyo padre había peleado en 1824 en Ayacucho al lado del Capitán José Antonio Miró, tío de José Antonio.

El 9 de junio partió el comisionado peruano en el "Chalaco", que iba al mando de un buen amigo suyo: el Comandante Manuel A. Villavisencio, quien al año siguiente iba a cubrirse de gloria en la ruptura audaz y valerosa del bloqueo de Arica. El 14 llegó el transporte a Panamá, y allí se encontró con un contratiempo inesperado. Había estallado una revolución, encabezada por el General Rafael Aizpuru; Casorla se hallaba preso, y quien se había encargado del mando en Panamá era Gerardo Ortega, de pocas simpatías por el Perú.

No se podía así perder un instante. Miró Quesada desembarcó rápidamente y siguió hasta Colón, al otro lado del istmo, para hablar con el Superintendente del Ferrocarril, señor Moxley. Afortunadamente, otra insurrección obligó a Aizpuru a capitular; y aun cuando Ortega siguió en el poder en Panamá, Casorla recuperó su influencia y ofreció su apoyo al peruano. El 18 en la noche empezaron a recibirse los cajones con armas. El 19 se transportaron por ferrocarril a Panamá. Y el 20 zarpó con ellos

el “Chalaco”, que condujo al Callao 757 cajones que contenían, con otros pertrechos, 6,000 rifles y hasta un millón de tiros.

El viaje del “Talismán”

El 24 de junio llegó nuevamente a Panamá el transporte peruano “Talismán”, al mando del Comandante Leopoldo Sánchez y con el asiduo corresponsal de “El Comercio” José Rodolfo del Campo. El problema fue entonces más difícil. Por unas horas se le mantuvo fondeado discretamente a unas millas del puerto; pero como el secreto no se pudo guardar, no hubo más remedio que acercarlo. Los agentes chilenos y las discusiones se extremaron. El encargado del poder, Gerardo Ortega, se dirigió al Superintendente Moxley y le transmitió un decreto por el que se prohibía todo tráfico de armas, cañones, municiones, etc., para los beligerantes del Pacífico, a fin de mantener la neutralidad de los Estados Unidos de Colombia. Miró Quesada, por su parte, sostuvo que esa era sólo una “neutralidad negativa”, que favorecía a Chile y dañaba al Perú y que lo que había que mantener era la “neutralidad positiva”, que permitía el transporte de cualquiera mercadería para ambos.

Las armas estaban en Colón, y hacia allí se volvió a dirigir Miró Quesada. El Superintendente Moxley quedó convencido, y respondió a Ortega que la declaración del Ferrocarril interoceánico como enteramente “franco para el comercio internacional” implicaba la exoneración de averiguar el origen, la clase o el destino de las mercaderías que por él pasaran. Gerardo Ortega empezó a vacilar. El Cónsul peruano interino Vallarino, también pariente de Miró Quesada (que ocupaba el cargo porque el Cónsul General Márquez ya se encontraba en Panamá pero no había sido aún reconocido), envió una nota con razones jurídicas. Previendo un cambio favorable, se pidió a Moxley que tuviera una puerta abierta por las noches para el momento en que llegara la orden del despacho.

Miró Quesada recordaba siempre, a través de los años, los episodios novelescos de esa noche. Para facilitar las cosas, Manuel Amador —que iba a ser tiempo después el primer Presidente de la República de Panamá— organizó una fiesta en la que invitó a comer unos sabrosos tamales cartageneros. Para prolongar la fiesta se entablaron unas animadas partidas de rocambor. Entre los asistentes se hallaba Casorla, restablecido en su cargo en Colón por un compromiso transitorio. Casi a las 4 de la mañana los contertulios se retiraron y entre el efluvio de la brisa marina Miró Quesada apremió a Casorla amistosamente: “Tiene Ud. que arreglar lo de las armas”.

Casorla se sorprendió un tanto por la urgencia; pero, como ya tenía formado su criterio, aceptó. Miró Quesada corrió inmediatamente donde el Superintendente y halló la puerta abierta como se había convenido. Despertó a Moxley, que se hallaba en el lecho; telegrafió, dando aviso, a Panamá; y partió con la carga y con el tren, para llegar a Panamá alrededor de las 3 de la tarde.

Faltaba todavía un nuevo paso. Casorla había permitido la salida de Colón, y eso tenía marcada importancia porque, además de la carga retenida, el 28 de junio había llegado otro barco de New York con nuevas armas para el Perú. Pero como encargado del mando en Panamá seguía Gerardo Ortega y a él había que acudir. El 1º de julio aceptó el embarque, con una doble condición: que fuera para un barco y un puerto neutrales. Miró Quesada encontró la salida. Los cajones fueron llevados a la goleta "Triunfo", con destino declarado a Punta Arenas. En la noche, sigilosamente, y a pesar de que lanchas hostiles con agentes chilenos, voltejaban en la bahía, la valiosísima carga fue transportada al "Talismán", que se encontraba mar afuera.

Es de suponer la satisfacción de los peruanos por el éxito. Entre los que se hallaban en ese momento en Panamá estaba José Antonio de Lavalle, nombrado Ministro en el Brasil, para lo que tuvo que viajar hasta New York por las complicadas dificultades de la época. Una carta familiar de su hijo Hernando de Lavalle, que acompañaba a su padre como había estado al lado suyo en la misión en Chile y que iba a morir después heroicamente en la batalla de Miraflores, dice en francés, con fecha en Panamá el 1º de julio: "Nous avons trouvé le "Talisman" ici;... il partira ce soir. Nous avons aussi trouvés Márquez, Miró Quesada, Campos (del Campo), Larrañaga".

Felicitaciones y reconocimiento

No zarpó el "Talismán" el 1º de julio, sino el 3. Por unas horas tuvieron el peligro de encontrarse con un barco chileno; pero el Capitán apagó las luces, hizo un pequeño rodeo mar afuera y continuó su camino con bien. El 9 en la mañana llegaron a Supe. Miró Quesada saltó a tierra y envió un telegrama a "El Comercio" en que decía: "Vengo en el "Talismán" con la carga esperada". Y a las 10 de la noche el buque ansiado se detuvo en la rada del Callao, para recibir a funcionarios y amigos entusiasmados que luego en Lima pudieron compartir la felicitación afectuosa de los diarios.

"La Opinión Nacional", por ejemplo, que dirigía el ilustre periodista Andrés Avelino Aramburú, saludó así el feliz regreso del colega:

"El Talismán" está ya en aguas peruanas y quizá a estas horas entra al Callao.

"Tenemos, pues, motivo lejítimo de congratularnos, porque es valiosa la carga que trae.

"Pero es el momento de recordar que esa carga se debe a los abnegados y generosos esfuerzos de algunos de nuestros compatriotas en Europa, que han puesto a contribución sus servicios y fortuna; y que el despacho feliz de tan útil contingente es obra de la actividad e inteligencia de nuestros agentes en Panamá, entre los cuales figura en primera línea para la pública recomendación nuestro estimable colega el director de "El Comercio", señor Miró Quesada".

Por su parte, "La Tribuna" expresó:

“Según el telegrama que publicamos, el “Talismán” fondeará esta noche en el Callao, después de haber cumplido su misión de la manera más satisfactoria.

“No creemos conveniente entrar en detalles respecto a ella, pero nos vemos obligados, por la gratitud y la justicia, a decir que el resultado satisfactorio de la expedición de esa nave se debe en gran parte al tino del Gobierno en el nombramiento del señor Miró Quesada, Director de “El Comercio”, para realizar el objeto que ella se proponía.

“Sabido es que el cónsul de Chile en Panamá empleó todos los medios, incluyendo la fuerza y la intriga, para estorbar que el “Talismán” cumpliera su cometido, pretendiendo comprometer la neutralidad del Istmo y la imparcialidad de sus autoridades, con sus reclamos y sus amenazas; y no es dudoso que, a pesar de tener nosotros un cónsul hábil e instruído, las dificultades se habrían prolongado sin la intervención de una persona de influjo y querida en el país. Entonces el Gobierno se fijó en el señor Miró Quesada, quien al saber la comisión que se le encomendaba se apresuró a aceptarla, sin otra consideración que la de que iba a servir a un país que considera como suyo, y con el que tiene todos esos lazos que unifican la patria madre con la patria adoptiva. Y aceptó la comisión, que tenía más de un riesgo, dejando a su familia y la dirección del diario sin pedir ni recibir remuneración alguna.

“Hoy vuelve el “Talismán” trayendo cuanto queríamos y necesitábamos, y en él, el comisionado del Gobierno, al que, como a todo el país, ha prestado un servicio envidiable”.

El 12 de julio los miembros de la tertulia de “El Comercio” rodearon a Miró Quesada en un ágape íntimo. Fue una comida, a las 6 y 30 de la tarde, en el Hotel Americano de la calle Espaderos. Unos días después, un coche se detuvo ante la casa del viajero. Lima era entonces pequeña (el censo de 1876, levantado por Manuel Atanasio Fuentes, dio para la ciudad la cifra de 100,156 habitantes); las formas corteses se guardaban; y el Presidente de la República iba a visitar a los amigos. El General La Puerta, encargado del mando porque el General Prado continuaba en el Sur, fue a felicitar personalmente a Miró Quesada y con sonrisa satisfecha le entregó un sobre con una leve broma:

—Aquí le dejo este artículo para que lo publique en su interesante periódico...

Era el Decreto Supremo que expresaba el reconocimiento del Gobierno y aprobaba las cuentas:

“Lima, Julio 17 de 1879

“Sor. D. J. A. Miró Quesada.

“A mérito del oficio en que U. dá cuenta del resultado de la importante comisión que el Gobierno le encomendó en Panamá, así como de la inversión de las sumas que recibió para atender á todos los gastos que dicha comisión le demandara, se ha expedido con esta fecha el supremo decreto que sigue:

“Apruébanse estas cuentas presentadas por el comisionado especial del Gobierno, D. J. A. Miró Quesada que marchó a Panamá al desempeño de una secreta é importante comisión, la cual aparece de los mismos documentos precedentes y adjuntos en que se acredita el buen desempeño de dicho comisionado, el acierto y economía con que ha procedido para allanar las dificultades que contrariaban sus operaciones. Dénsese las gracias á nombre de la Nacion con trascricion de este decreto, por los distinguidos servicios que en este encargo ha prestado con el mas patriótico desprendimiento. Pase al Ministro de Hacienda para los efectos consiguientes y aplicaciones de los gastos, adjuntándose las letras que ha devuelto Miró Quesada por saldo ó sobrante de la suma de su manejo, importantes una duplicada por 500 libras esterlinas y otra por 676 soles 50 centavos en plata sellada, cuyas cantidades acordará dicho Ministerio su destino ó devolución segun convenga lo resuelva el Gobierno”.

“Y me es satisfactorio transcribirlo á Ud. para su conocimiento y en contestacion á su citado oficio.

“Dios gde. á Ud.
“Ml. Mendiburu”.

Grau y el “Huáscar”

Por su parte, el siempre diligente corresponsal de guerra José Rodolfo del Campo rápidamente siguió en actividad. “Ya me tienen Uds. nuevamente en campaña”, escribió a los tres días de haber llegado al Callao en el “Talismán”. Se había embarcado en la “Unión” que, a las órdenes de A. García y García, Jefe de la Segunda División Naval, se dirigió a Arica en convoy con el “Huáscar”. El 23 de julio los dos barcos obtuvieron una sonada victoria. En las aguas cercanas a Antofagasta los dos barcos encontraron y capturaron al transporte chileno “Rímac” con un espléndido botín: el regimiento “Carabineros de Yungay” de 258 plazas, 215 caballos, 300 rifles, carabinas, sables, monturas, víveres y una gran cantidad de carbón.

El 31 de julio la misma corbeta “Unión” siguió en una misión importantísima. Se había capturado en el “Rímac” una correspondencia chilena que avisaba que no se esperaba sino la llegada de un fuerte cargamento de cañones y rifles Krupp por el Estrecho de Magallanes para comenzar la ofensiva por tierra. La misión fue por eso la de interceptar ese transporte. Fueron 45 días, en una navegación valiente que los llevó al Estrecho con la serenidad de unos días de calma, pero otros con lluvia intensa, con temporales, con borrascas. El arriesgado viaje los condujo hasta el extremo sur del Continente. Pero en Punta Arenas se enteraron de que ya en un vapor inglés había pasado el cargamento; y por lo tanto hubo que regresar. Por única vez del Campo, hasta fríamente objetivo en sus crónicas, tiene hermosas palabras descriptivas. En su crónica para “El Comercio” el relato de la persecución de guerra se matiza con imágenes de paisajes: de moles de rocas, de altos bosques, de montes nevados, de pasos estrechos y difíciles.

Entre tanto, en la campaña naval se había ido elevando la figura del “Huáscar” y de su Comandante Miguel Grau. En el Perú y fuera del Perú, en América y fuera de América, el monitor gallardo y su Comandante arrojado y experto empezaron a estar rodeados por un halo de leyenda: avances inesperados, rompimientos de bloqueos, dominación del fuego de las baterías enemigas, nobleza con los adversarios caídos en combate. Se comenzaba a sentir entonces lo que después se ha repetido tanto: que pocas veces en la historia de las guerras del mundo las esperanzas de un país han estado cifradas, tan arraigadamente, en un barco y un hombre.

Empezaron también por eso los cantos poéticos, como el soneto laudatorio que le dedicó el redactor Acisclo Villarán en “El Comercio”:

Hurra al valiente y sin rival marino
que, excediendo en valor al espartano,
supo elevar el pabellón peruano
a una altura infinita en frágil pino...

Carta de Grau

Como expresión del reconocimiento oficial, en la Cámara de Diputados se presentó un proyecto que declaraba al Capitán de Navío Miguel Grau digno de ser elevado a la clase de Contralmirante y lo recomendaba al Ejecutivo para que lo propusiera conforme a la Constitución. La moción estaba basada en su “audacia no común”, en su pericia y en la nobleza de sus procedimientos, y “El Comercio” la apoyó en un editorial con entusiasmo. El Poder Ejecutivo propuso el ascenso, que fue aprobado inmediatamente y por unanimidad por ambas Cámaras, y desde el glorioso monitor, en la rada de Arica, el 5 de setiembre de 1879, el nuevo Contralmirante Miguel Grau envió una afectuosa carta a los Directores de “El Comercio”:

“Monitor Huáscar — Al ancla
“Arica Setiembre 5/79

“S. S. D. José A. Miró Quesada
“y D. Luis Carranza.
“Muy estimados amigos:

“En la edición de la tarde del periódico “Comercio”, del cual son Uds. dignos editores, correspondiente al 18 del pasado, he leído con notable satisfacción el artículo editorial que se ocupa especialmente de mí para encomiar el éxito de las expediciones que ha llevado a cabo este buque durante la presente campaña y para prestar su aprobación al acuerdo de la Cámara de Diputados, respecto a que el supremo gobierno me proponga a la clase de Contra almirante a cuyo alto empleo tienen Uds. la amabilidad de creerme acreedor.

“Yo no sé con que palabras expresar mejor mi reconocimiento a la distinción de que soy objeto y a los elogios que bondadosamente se me prodigan por personas distinguidas cuya

opinión tanto respeto. El vehemente deseo, de servir a mi patria con que hasta ahora he desempeñado las comisiones que se me han confiado, estaría satisfecho si estimase que en ellas he hecho algo más que cumplir estrictamente con mi deber. Por este motivo cuando recibo tantos favores, no puedo ver en ellos más que una prueba de estimación y de aprecio personales, que me honran altamente y por la cual me es placentero manifestar mi más sincera y cordial gratitud.

“Dígnense Uds. aceptar estos sentimientos y recibir las seguridades de mi más distinguida consideración y del aprecio con que soy de

“Uds. atto. amigo y S.S.
“Miguel Grau”.

Era una de las últimas cartas de su vida. Un mes después, frente a la Punta de Angamos, iban a terminar trágicamente las hazañas del “Huáscar”. En la mañana del 8 de octubre, en el combate desigual entre el gallardo monitor y los barcos más poderosos de la escuadra enemiga, entre los que estaban los dos blindados “Blanco Encalada” y “Cochrane”, el ya legendario Miguel Grau regó con su sangre y su martirio la cubierta y el mar. A su lado cayó Diego Ferré; y en sucesión dramática, tras de su jefe heroico, tomaron el mando y fueron cayendo sus denodados compañeros: Elías Aguirre, Melitón Rodríguez; con graves heridas Melitón Cárvajal; casi destrozado Enrique Palacios; sosteniendo en alto la enseña patria Pedro Gázeon. La “Unión” pudo evadirse por su mayor andar, y en ella estaba el corresponsal de “El Comercio” José Rodolfo del Campo, que había seguido el combate con patriótica angustia.

Piérola y la libertad de imprenta

La última correspondencia de del Campo lleva la fecha del 22 de diciembre de 1879, cuando se hallaba al ancla en el Callao después de una nueva excursión al Sur para llevar pertrechos. Ya no era sólo una crónica sino una queja, por la inercia y la falta de dirección que criticaba. Habían pasado, y seguían pasando, después del desastre de Angamos, muchas cosas. Perdido el mar para el Perú, se había iniciado, como era de esperarse, la campaña terrestre. Las tropas chilenas habían ocupado Pisagua e Iquique, y el triunfo evidente pero precario de Tarapacá, bajo el mando brillante del Coronel Andrés A. Cáceres, no pudo impedir que continuara el avance enemigo. En el desierto calcinado, sin apoyo marítimo, la infantería sola no podía contener la acometida de artillería e infantería combinadas.

El desconcierto y la excitación aumentaron en Lima cuando, por el viaje inesperado del Presidente, General Prado, a Nueva York y a Europa, volvió a encargarse del mando el Vice-Presidente, General Luis La Puerta. Hubo sublevaciones en el Callao y en Lima a favor del caudillo de la oposición, Nicolás de Piérola. Ni La Puerta ni el Ministro General La Cotería lo

graron impedirlo; una reunión de elementos civiles se pronunció en la Municipalidad por un cambio de gobierno; y el 23 de diciembre ingresó Piérola en Palacio como Jefe Supremo. A poco lo reconoció Lizardo Montero y con él todo el ejército del Sur, para no derramar sangre de hermanos. Y casi al mismo tiempo una revolución estallada en Bolivia echaba también por tierra al gobierno de Daza.

Piérola, que no era todavía el gobernante maduro que fue en 1895, sino el caudillo vehemente y arbitrario, inició una actividad administrativa variadísima. Si los cambios en todos los campos, y la retórica que los acompañó, hubieran sido apresurados en la paz, no se justificaban en tiempos de guerra sobre todo cuando en plena lucha quiso afianzar su condición personal de gobernante, reformó la estructura militar del país, dictó decretos sobre la organización del Estado Mayor del Ejército y sobre la organización de la Marina. El 27 de diciembre, o sea a los cuatro días de asumir el gobierno, dictó una nueva pauta constitucional, un Estatuto Provisorio de 12 artículos, con graves limitaciones a las libertades y las garantías ciudadanas. El artículo 7º mantenía en teoría la libertad de imprenta. Pero como ocurre generalmente cuando los Gobiernos dictan disposiciones sobre la prensa, y más si son gobiernos dictatoriales o de facto, se reconoce el principio en la letra, pero en la práctica se suprime o se recorta la libertad.

Precisamente ese artículo 7º, luego de reconocer la libertad, establecía de manera lata e imprecisa que quedaba "proscrito el anónimo, que se perseguirá y se castigará como pasquín". Que el texto no era inocente quedó de manifiesto a los tres días, en el conflicto que se suscitó con todos los periódicos de Lima, cuyos Directores fueron reducidos a prisión. Se basaba el Gobierno en que no se había cumplido estrictamente el Estatuto, porque había secciones, como la editorial, que seguían apareciendo sin firma y por lo tanto debían ser penados como anónimas. Fueron apresados José Antonio Miró Quesada y Luis Carranza, Directores de "El Comercio", Cesáreo Chacaltana por "El Nacional", Andrés Aramburú por "La Opinión Nacional", Pedro Alejandrino del Solar por "La Patria", el futuro Arzobispo Manuel Tovar por "La Sociedad", Luis Faustino Zegers por "La Tribuna" y Eduardo Villena por "El Independiente". El Gobierno les quiso hacer firmar un documento por el que reconocían su culpabilidad y agradecían la merced de que se les pusiera en libertad; pero casi todos, orgullosamente, se negaron y sólo lo firmaron dos de ellos. El burlón y acerado Manuel Atanasio Fuentes, "El Murciélagos", les dedicó un epigrama que recogió en su sátira en verso contra Piérola "Ramillete o repertorio de los más piramidales documentos oficiales del Gobierno dictatorio":

Y pasaron por el aro,
con humildad ejemplar,
don Luis Faustino de Zegers
y el canónigo Tovar.

Clausura de "El Comercio"

Los presos fueron puestos en libertad el 6 de enero, pero "El Comercio" tuvo que sufrir una nueva embestida. Piérola, que como Ministro de Hacienda de Balta había autorizado en 1869 el primitivo y discutido contrato con Dreyfus, a las dos semanas de tomar el Gobierno celebró una transacción con la misma casa, en la que sin una previa y rigurosa liquidación de cuentas la reconocía acreedora de 4'000,000 de libras esterlinas, a pesar de que desde la época de Pardo y por el decreto de Prado de 7 de junio de 1878 el Perú se había considerado acreedor y no deudor. El mismo día, 7 de enero de 1880, concedió el monopolio del guano a Dreyfus y se le endosaron los conocimientos del guano embarcado a cuenta del Gobierno en buques fletados por la Peruvian Guano (competidora de la casa Dreyfus).

La razón que se daba para esa precipitación era que sólo de tal modo se podía obtener un nuevo préstamo de aquella casa internacional, por la necesidad urgente de reforzar la escuadra, prácticamente destruida después de la pérdida del "Huáscar". Pero el supuesto adelanto de Dreyfus y los recursos para la guerra eran ilusos, porque estaban subordinados a la aceptación por la Peruvian Guano, que nunca iba a otorgarla. Además, en Europa se hallaban, con plenos poderes del Perú, los comisionados Francisco Rosas y Juan Mariano de Goyeneche, quienes precisamente ese mismo 7 de enero, sin conocer el decreto contrario, firmaron un contrato mucho más favorable con otra entidad, el Credit Industriel et Commercial, que no era ni la complicada casa Dreyfus ni la Peruvian Guano, que tampoco se había portado bien con el Perú, porque desde la ocupación de Tarapacá había suspendido las mesadas. El Credit Industriel se comprometía a adelantar 800,000 libras esterlinas, que eran urgentísimas para el Perú en esos momentos, y a pagar una renta permanente de 2 libras por tonelada de guano expedida o vendida y otras tantas en bonos, e igual precio por tonelada de salitre. Y si es verdad que, en cambio, el Perú entregaba como garantía la administración del guano y el salitre, los delegados peruanos consideraron que los tenedores de bonos, unidos así sus intereses con los del Perú, moverían a sus Gobiernos a favor de la causa peruana.

"El Comercio", que se hallaba bien informado, no sólo criticó abiertamente la transacción con Dreyfus, sino añadió una correspondencia, fechada en París el 5 de diciembre, que anunciaba el avance (que llegó a ser realidad el mes siguiente) de las gestiones que efectuaba el Doctor Rosas para un acuerdo mucho más conveniente para los intereses del Perú. El Gobierno se violentó con el artículo, negó la existencia de ese acuerdo y envió a la imprenta al Prefecto Echenique para que le entregaran los originales. No era en realidad una correspondencia, sino dos cartas de las que se habían reproducido literalmente las partes fundamentales del convenio. No podía hablarse tampoco de una sorpresa para Piérola, porque ya los delegados en París habían comunicado al Gobierno de Lima, por oficio del 1º de diciembre, el avance de las negociaciones. En vano el Jefe de Redacción, Guiller-

mo Carrillo, llevó las cartas a Palacio para que las leyera el propio Piérola; pero éste, por razones políticas, insistió en su rechazo, prefirió librarse de un posible censor y resolvió clausurar “El Comercio”, para lo que expidió un decreto y envió guardias a la imprenta el 16 de enero de 1880.

La opinión posterior de Piérola

No es el momento de ahondar en el tema. Todos tenemos opiniones formadas, y no hay duda de que la gestión Rosas-Goyeneche era más conveniente para los intereses del país, como lo reconocen hoy todos los historiadores. Pero si fueron tan dañinas las discrepancias internas en 1879 no vamos a caer de nuevo en ellas un siglo después.

Sin embargo, como ha habido comentarios interesados y malévolos, es menester no eludirlos sino aclararlos, y para ello citar ejemplos tomados del propio Piérola. El Dictador no conocía entonces a José Antonio Miró Quesada. Vinieron a encontrarse por primera vez en noviembre de 1884 en una ocasión inesperada: el entierro del Comandante de marina Gregorio Miró Quesada, hermano de José Antonio, que había muerto en Lima por las graves heridas recibidas unas semanas antes al fusilársele en Trujillo por su rebelión contra Iglesias como protesta por el tratado de Ancón. Piérola asistió al sepelio, a pesar de que cuando el episodio de Pacocha, en el valiente enfrentamiento del “Huáscar” contra el “Shah” y el “Amethyst”, al entregarse el entonces revolucionario fue recibido prisionero en el “Atahualpa” por su Capitán, Gregorio Miró Quesada. Este lo trató con corrección y hasta le cedió su camarote; y Piérola, que lo recordaba, quiso rendir por eso un postrer homenaje.

Allí dialogó con José Antonio Miró Quesada y escribió su impresión a su amigo Juan Antonio Diez que se encontraba en Panamá: “Es la primera vez que conversé con el señor Miró; y no he tenido ocasión sino de comprobar el concepto que de él me había formado”. Unas semanas después, como una prueba de desagravio implícito, en carta fechada el 27 de febrero de 1885 escribió a Miró Quesada llamándolo: “mi buen amigo” y terminaba: “suyo afectísimo”. Hay otra carta semejante del 5 de agosto.

Más aún: cuando en 1886 el gobierno de Cáceres envió a José Antonio Miró Quesada a Europa como Agente General Financiero, para intentar precisamente un arreglo imposible con Dreyfus y los consignatarios de la Peruvian Guano, sobre la base de la desaprobación del contrato con Dreyfus, Piérola, que no pudo ir al Callao a despedirlo, le envió una tarjeta expresivísima:

“Sor.

“J.A. Miró Quesada

“Callao.

“Yo no sé olvidar á quien he tenido por amigo y guardo á Ud. especial afecto á pesar de cuanto hubiera podido destruirlo.

“Deseo á Ud. y á la Sra., á quien ruego á Ud. saludar en mi nombre, mui feliz viaje y estación en Europa. •

“Sepa Ud. que deja aqui persona que bien le quiere y que se complacerá siempre en serle útil.

“Lima, Abril 17/86”.

Actividades de la Resistencia

Hay otro asunto que se debe también aclarar, para rechazar un infundio malévolo. “El Comercio” estuvo cerrado durante todo el tiempo restante de la guerra. A pesar de ciertas insinuaciones, los chilenos no llegaron al extremo de utilizar el edificio y la maquinaria, de usurpar el título con las características letras góticas y de engañar al público con un periódico cautivo y apócrifo. Sólo por corto tiempo apareció en el Callao y no en Lima otro periódico, también con el nombre de “El Comercio” pero con otro formato y otra tipografía, editado por el chileno Luis R. Castro y con subsidio del Jefe de la ocupación Patricio Lynch. “No tuvo relación alguna con el diario de Lima, fundado en 1839”, dice con razón un historiador de la República de la autoridad de Jorge Basadre.

Por lo contrario, cerrado el diario, sus Directores, redactores y obreros continuaron luchando. En la defensa de Lima, en la batalla final de Miraflores, en el reducto N° 2, en el batallón N° 4 de la Reserva, hubo quienes vertieron su sangre al lado de otros cronistas, administradores, tipógrafos de los diarios de Lima: Benigno Antezana, Mariano Arredondo, Carlos Amézaga, Miguel Díaz. La guerra enlazó a todos en la defensa de la ciudad y de la patria y la ocupación los unió luego en el dolor y el luto.

Más tarde, cesado en setiembre de 1881 el breve gobierno de don Francisco García Calderón que se negó a firmar la paz con cesión territorial, y prisionero y deportado a Chile el Presidente en noviembre siguiente, su sucesor legal fue el Vice-Presidente, Contralmirante Lizardo Montero. Como Montero se hallaba en Cajamarca, tuvo que nombrar Delegados en Lima, que fueron los que encabezaron la Junta Patriótica al desterrarse a García Calderón: Carlos M. Elías y Manuel Candamo. Este último, además, estaba vinculado a “El Comercio”, porque había entrado a trabajar en él, como Jefe de Crónica, el 1° de enero de 1875.

Con ellos, aun limitadamente, continuó manteniéndose la estructura política y administrativa del país, y con ellos también colaboraron con su esfuerzo ciudadanos como el Director de “El Comercio”, José Antonio Miró Quesada. Montero quiso enviarlo a Panamá para una nueva misión como la del “Talismán” y para ello, con fecha 7 de enero de 1882 en Cajamarca, le expidió un nombramiento de Cónsul que, con el sello de la República, fue refrendado por el Ministro de Relaciones Exteriores Juan Manuel Arbaiza. “Siendo conveniente a los intereses de la República mantener un Consulado en Panamá —decía la credencial—, y hallándonos satisfechos de la probidad

y aptitudes de Don José Antonio Miró Quesada, hemos venido en nombrarle, como por la presente le nombramos y constituimos, Cónsul del Perú en Panamá, confiriéndole la autoridad necesaria para el desempeño de su comisión y para que proteja a los ciudadanos e intereses peruanos por todos los medios legales, gozando de los derechos, honores y prerrogativas anexos al expresado cargo”.

Pero la situación era ya muy distinta; el nombramiento, o proyecto de encargo, no prosperó; y en cambio en ese mismo mes de enero Miró Quesada realizó diversas gestiones económicas por cuenta de los Delegados del Gobierno en Lima, que le dieron su carta de aprobación:

“Delegación del Spmo. Gbno.

“Lima.—Enero 26 de 1882.

“Sor. José A. Miró Quesada

“Pte.

“Muy Sor. ntro.:

“Acusamos recibo de su favorecida de 24 del pte. contraída á dar cuenta del contrato celebrado con el Banco Nacional del Perú y de la inversión de las sumas que ese contrato produjo.

- “Segun su citada carta, los (S/. 201,000) doscientos un mil soles en moneda nikel que hicimos pusiera la casa de Canevaro a disposición de Ud. le han permitido conseguir que el Banco mencionado adelante (£ 2,262.10) dos mil doscientos sesenta y dos libras esterlinas, diez chelines y (S/. 3,000) tres mil soles plata, sumas que en su totalidad ha aplicado Ud. al cumplimiento de órdenes de pago que verbalmente le dimos.

“En contestacion nos es satisfactorio decir á Ud. que todos sus procedimientos han estado en perfecto acuerdo con nuestras instrucciones, por lo que, en consecuencia, merecen nuestra aprobación; y como Ud., al prestar su nombre para dar forma á estas operaciones, no ha tenido otro interés que el de contribuir al servicio público, queda esento de toda responsabilidad para lo futuro, pues el Supremo Gobierno cuidará en su tiempo de arreglar definitivamente este asunto con el Banco Nacional del Perú, segun fué convenido desde un principio.

“De Ud. attos. y S.S.

“M. Candamo — Carlos M. Elías”.

Cáceres y la Breña

Entre tanto, habían ido acentuándose el denuedo, la tenaz resistencia y el prestigio del Coronel Andrés A. Cáceres. Vencedor en Tarapacá, combatiente en el Alto de la Alianza, herido en Miraflores, el Coronel Cáceres encarnó con su esfuerzo y su heroísmo la esperanza peruana. Escapado a la sierra apenas curado de sus heridas, cuando la ocupación de Lima por las tropas chilenas, inició con sólo un puñado de seguidores que él hizo cre-

cer con su entusiasmo, una valiente lucha de guerrillas, de escaramuzas, de sorpresas, de reconocimientos, de incursiones. Donde menos se le esperaba aparecía; donde se creía encontrarlo, se esfumaba por un movimiento inesperado. Y así fue conteniendo el infortunio, dominando fatigas, levantando el espíritu nacional, hasta alcanzar el nombre legendario de "Brujo de los Andes".

Renunciante Piérola, desterrado García Calderón, Cáceres patrióticamente reconoció a Montero para evitar luchas internas, pero organizó y alentó a fuerzas propias. La población indígena, antes indiferente, lo siguió con fervor. El co-Director de "El Comercio", Luis Carranza, ayacuchano como él, fue a acompañarlo mientras se cubría de gloria en la sierra. A Lima llegaban y de Lima salían emisarios que mantenían enhiesto el espíritu y recogían noticias directas de la campaña de la Breña. En las formas más insospechadas había valientes que burlaban la vigilancia y la pesquisa de las fuerzas chilenas, para entregar y llevar correspondencia.

A veces la carta era del propio Cáceres, como las apretadas cinco páginas que le escribió a José Antonio Miró Quesada después de la heroica pero desgraciada batalla de Huamachuco. Derrotadas sus tropas, desprovisto de armas y recursos, no quiso sin embargo claudicar, sino intentó seguir con valiente arrogancia. Como sabía la amistad de Miró Quesada con Montero, que se hallaba al frente del Gobierno en Arequipa, pidió su intervención para que le diera apoyo. La costa estaba perdida, pero podía aún resistirse en la sierra. La paz había que buscarla, pero juzgaba que serían mejores las condiciones cuanto más se luchara y se desgastara al enemigo.

La muy importante carta (de la que sólo en parte he dado antes noticia, pero en su integridad aún inédita), enviada desde su cuartel en Andahuaylas, decía así:

"Andahuaylas, Oct. 15 de 1883

"Sor. Dr. Dn. Antonio Miró Quesada

"Lima.

"Muy estimado amigo:

"Con el propósito de que en esa se sepa la verdadera situación en que me encuentro y la buena disposición que anima á todos los pueblos del Centro, me dirijo a V. valido de nuestra amistad, para que conozca lo que aquí ocurre; pidiéndole al mismo tiempo que reciba mi mas cordial saludo.

"Por el parte oficial que dirijí al Gobierno y por las mismas publicaciones de los chilenos estará V. al cabo de las causas que determinaron el desastre de Huamachuco, que se reasumen en la desgracia y fatalidad que siguen castigando implacablemente este desdichado país y apesar del incomparable denuesto de los pocos que me acompañaron. Huamachuco, estimado amigo, es el combate en que se ha ostentado por Jefes, Oficiales y soldados el valor peruano, y lo habría escogido para fin de mi carrera.

"Después de aquel fatal desastre, vine decidido á retirarme de la escena pública; pero me encontré con cartas de Moq-

tero y comunicaciones oficiales en que se me hacían los mayores ofrecimientos y se me pedía en nombre de la patria que reorganizara mi Ejército, poniendo desde luego á mi disposición las fuerzas comandadas por el Cl. Luna que se me aseguraba constaban de 500 hombres de infantería y un Escuadrón de Caballería, y también el Batallón "Unión" que formaba en el Cuzco el Coronel Falconí; además se me anunciaba que estaba en marcha un contingente de armas que no bajarían de 2,000 con sus respectivas municiones, y á este respecto el Ministerio previno á los Prefectos del tránsito que tuvieran lista la movilidad necesaria.

"Yo, que aparte de mis deseos tengo con el país el compromiso de no escusar ningún sacrificio en su servicio, y comprendiendo la necesidad de sostener la defensa en el Centro para mantener dividida la atención y las fuerzas del enemigo, acepté el encargo y sin perder un momento me puse al trabajo.

"Parece increíble, pero desde luego principié á convenirme de la poca circunspección del Gobierno. No fijemos la atención en que la decantada División del Cl. Luna no se componía sino de 300 infantes y 60 de caballería, pero sí en que casi al mismo tiempo que á mi se me escribía poniendo á mi disposición los elementos citados, se ordenaba por el Ministerio que la fuerza del Cl. Luna regresara sobre Arequipa á marchas forzadas, al Cl. Falconí se le daban instrucciones contrarias y aquello de las armas no era sino una farsa.

"Afortunadamente tomé á tiempo el mando de la fuerza del Cl. Luna y sobre esta base tengo ya 1,000 hombres perfectamente armados y organizados, y otros tantos expeditos para armarlos con los rifles que esperaba. A mi llamamiento todos los pueblos se han levantado quizá con mayor ardimiento que antes, y aun se mantienen con las esperanzas que les he infundido en virtud de la palabra del Gobierno. A este respecto es preciso hacer constar que la decisión y patriotismo de los pueblos sobrepasa toda ponderación: esas pobres masas que siempre hemos mirado con desprecio por su triste condición y su ignorancia, dan hoy á las clases ilustradas ejemplos de abnegación, de valor y de patriotismo; si se encuentran partidarios de la paz á todo trance, es solo entre la gente acomodada por el deseo de salvar su fortuna que es su única mira. Con esta buena disposición de los pueblos, con solo parte de las armas ofrecidas, se puede hacer prodigios. Lo prueba la manera como han hostilizado á la invasión que ha penetrado hasta Ayacucho; especialmente en Huanta les han dado formal batalla con pérdidas considerables de uno y otro lado. Las indias de Ayacucho, Huancavelica y Junín están en gran efervecencia y solo esperan mi aproximación para lanzarse sobre el enemigo.

"He escrito con bastante franqueza á Montero y espero su contestación: si me manda los elementos que le pido, recobraré el Centro, y si no lo hace así, es muy probable que vaya personalmente á Arequipa á entenderme con el Gobierno, pues V. comprenderá que si no consigo elementos para hacer la guerra con buen éxito, mejor es que me retire.

"La inacción del Gobierno en Arequipa es cosa que espanta. Yo reconozco en Montero muy buenas prendas; pero las-

timosamente está dominado por un pequeño círculo de personas que nada valen ni nada significan, pero que ofreciéndosele como su mayor sostén predominan sus consejos. Estos no ven más que sus conveniencias y las defienden á costa de lo más sagrado del país. Le hacen creer que si yo formo un gran ejército, valdré más que él, y estas necejidades prevalecen, como si no fueran suficientes las pruebas de desprendimiento que siempre he dado. El descontento es grande, y á este respecto me escriben de todas partes de la República. Yo también veo que así marchamos á una completa ruina; y deseo que mueva V. todos los resortes posibles para hacerle comprender a Montero sus propias conveniencias y las de la patria que exige otra actitud de su parte.

“Creo, pues, que aun es posible conseguir muchas ventajas, y es preciso que no se pierda la fé tan completamente para transijir con toda exigencia de parte del enemigo por monstruosa que ella sea. Le ruego que influya V. también en este sentido.

“Indicaré a V. también que por la prensa y de todos modos se ha propalado que yo he solicitado salvo-conducto del Jefe chileno. Sírvase V. desmentir esta especie conque se trata de dañarme.

“Deseo á V. todo bien, y le suplico que me crea V. como siempre su aff^o amigo.

“S. S.
“A. Cáceres”.

Reaparición de “El Comercio”

Desgraciadamente, ya todo era en vano. El General Miguel Iglesias, encargado de las fuerzas del Norte cuando el Contralmirante Montero fue a Arequipa, había lanzado un año antes, el 31 de agosto de 1882, el llamado “Grito de Montán”. Apoyado por la Asamblea reunida en Cajamarca, había resuelto ajustar la paz a todo trance, considerando que el país estaba destruido, que había que terminar la ocupación y que cualquier nuevo acto de defensa sería gallardo y brillante pero inútil. Mirado explicablemente con simpatía y agrado por Chile, después de la derrota de las fuerzas peruanas en Huamachuco, Iglesias entró en Trujillo, sus comisionados Lavalle y Castro Zaldívar discutieron las Bases de paz que estimaron las menos dolorosas posibles, y continuó su camino hacia Lima. El 20 de octubre de 1883 (cinco días después de la dramática carta de Cáceres) se firmó el Tratado convenido en Ancón, con el tremendo sacrificio de la mutilación territorial.

José Antonio Miró Quesada decidió la inmediata reaparición de “El Comercio”. Hubo muchos que le aconsejaron una espera. Pero había que reanimar la vida del país, que restablecer la estructura interior, que volver al empeñoso trabajo cotidiano, entonces más necesario que nunca porque se trataba de reconstruir un país en desgracia. El Tratado de Paz había traído, junto a la tragedia de sus cláusulas, una favorable consecuencia: la desocupación de Lima. Por eso hizo cerrar las puertas de la imprenta y preparar la edición, después de un silencio de cerca de cuatro años.

El 23 de octubre un muchacho partió en un coche, enviado por Miró Quesada, a la estación de la Encarnación. Cuando vio salir el tren con los últimos soldados chilenos, corrió de vuelta y entró en “El Comercio” dando voces. A los pocos minutos, el número de reaparición salió a la calle.

“¡No hay plazo que no se cumpla! —comenzaba el editorial—. . . No se puede exigir mayores sacrificios que los que el Perú ha realizado, ni una resistencia más prolongada que la que ha expuesto, para salvarse de los males de que se vio amenazado desde que la suerte de las armas principió a declararse a favor de sus afortunados adversarios. Todos los recursos internos del país han sido puestos en juego por el patriotismo”.

“En las primeras horas de esta mañana —decía en otra parte— han salido las últimas tropas chilenas. Este fausto acontecimiento que hace época en los anales de nuestros infortunios marca también el comienzo de la era de la reconstrucción y el trabajo. En estos instantes solemnes para todo buen patriota, “El Comercio” que vuelve a la vida azarosa a la vez que el pueblo de Lima a la vida de la libertad, no quiere dejar de recordar a todos moderación y cordura. En esta difícilísima situación debemos sólo pensar en la salud de la República y sacrificar en gracia al bienestar común los pequeños intereses de cada cual”.

“Tales son —continuaba— las impresiones que dominan nuestro espíritu al continuar la publicación del viejo “Comercio”, que volvemos a poner al servicio de los intereses públicos”.

Como una nueva prueba del patriotismo de “El Comercio” en esos años graves, en enero de 1884 la edición conmemorativa que publicó en el aniversario de los combates de San Juan y Miraflores le hizo ganar el Premio Municipal convocado, por voto unánime del jurado compuesto por cinco eminentes ciudadanos: Manuel de Mendiburu, Antonio Arenas, Sebastián Lorente, Ricardo Palma y Luis Felipe Villarán.

